



## SEGUNDA PARTE

### DE LOS SERVICIOS QUE LA MEDICINA PUEDE PRESTAR A LA RELIGIÓN

#### CAPÍTULO PRIMERO

\* El estudio de la Medicina suministra argumentos en abundancia para la defensa de la Religión

Sentimientos religiosos de los médicos más eminentes.—Pruebas sacadas de la Anatomía.—Pruebas suministradas por la Fisiología.—Argumentos que suministran las demás partes de la Medicina.

I.—Sentimientos religiosos de los médicos más eminentes.—  
«Con el laudable fin de excitar en la juventud estudiosa nobles sentimientos de gratitud, que el recuerdo de los beneficios recibidos suscita en todo corazón bien nacido, hemos expuesto precedentemente las ventajas que la Medicina reporta de la Religión (1); tratando en esta segunda parte de los varios modos como puede practicarse este reconocimiento, es decir, de los servicios que á su vez deben ó pueden prestar los médicos á la Religión, en virtud de los especiales conocimientos que poseen. (Scotti).»

A pesar de pertenecer al gentilismo, he aquí algunas de las bellísimas y memorables frases del inmortal anciano de Coos, dignas de ser indeleblemente grabadas en el corazón de todo médico: *Primum à divinis numinibus auspicetur* (2): «Póngase ante todo el médico bajo los auspicios de Dios.» *Qui enim bonus medicus est, is per Deum*

(1) Séneca, *De beneficiis*, lib. IV, c. XXI.

(2) *De fœmina natura*.

*fide magis quam duritia medetur* (1): «El médico verdadero, dice, es el que cura á sus enfermos con el auxilio de Dios, con la fe y con un espíritu de dulzura ajeno á toda dureza.» *Medicus enim vir sapiens philosophus ve Deo pax et similis* (2).—Galeno, el más aventajado de los médicos después de Hipócrates, exclama, lleno de admiración, que sus estudios anatómicos son *un himno de gloria al Criador* (3).—«Harwey, Versalio, Ruyschio, Haller, Lancisi, Gaubio, Sydenham, Boerhaave, Van-Swieten, Bordeu, etc., manifestaron siempre el más profundo desprecio para con los ateos, y hase visto á Winslow, lejos de hacer excepción á la regla, pasar del error protestante á las sublimes creencias del Catolicismo, bajo la impresión directa de sus estudios en Anatomía. (Scotti).»—El célebre Morgagni repetía con frecuencia que sus conocimientos en Anatomía y Medicina habían puesto su fe al abrigo hasta de la tentación.—*Ante omnia medicus sit christianus*, decía el grande Hoffmann.—Ni era otro el sentir del sabio Laënnec y del eximio fisiólogo Cl. Bernard; y M. Sappey, el más eminente genio anatómico de este siglo, no perdona ocasión de combatir á los espíritus médicos que, como él dice, *se dejan extraviar por el racionalismo de la filosofía alemana* (4).

Interminable se haría esta lista si quisiéramos tomar nota de verdaderas autoridades en Medicina que han demostrado poseer las más arraigadas creencias religiosas: entre las nacionales nos bastará citar á los Arnaldos, los Lulios, los Fontechas, los Mirandas, los Alvarez de Miraval, los Anríquez, el divino Valles, Zapata, Mercado, Piquer (llamado el Hipócrates español), Salvá, Monlau, etc., etc. (5); y finalmente, para terminar, nos ceñiremos á hacer mención, entre los modernos sabios, del ilustre Pasteur, quien, si bien no era médico, tanto ha influido no obstante en las ciencias médicas, transformándolas casi por completo, en virtud de sus pacientes trabajos, sus hermosas teorías, y por la trascendencia de sus descubrimientos. Decía, pues, éste en un célebre discurso (6): «Si careciésemos de las verdades de la fe, las ciencias perderían la grandeza que sacan de sus relaciones secretas con las verdades infinitas... y yo me pregunto, en nombre de qué descubrimiento se pueden arrancar del alma humana estas altas preocupaciones.»

«Desde Demócrito y Diágoras, menos célebres como médicos que

(1) *De Præcept.*

(2) *De prob. et honest.*

(3) *De usu part.*, lib. XVII, c. III.

(4) Debreyne, *El sac. y el méd. ante la soc.*, pág. 202.—Id., pág. 194.—*Sent. Cat. en las c. m.*, pág. 512 (año 1880).

(5) V. *Espécimen histor. bibliogr.*, etc., al fin de este trabajo.

(6) *Discurso de recepción en la Academia Francesa.*

como ateos (1), Balme no ha podido hallar más que tres doctores que hayan alcanzado un nombre por su irreligiosidad. No puede citarse una sola Academia ó una escuela de Medicina donde se haya profesado oficialmente el ateísmo; teniendo también aplicación aquí aquellas palabras de San Agustín: *Exceptis paucis in quibus natura nimium depravata est, universum genus hominum Deum mundi hujus faletur auctorem* (2). (Scotti).»

«Verdaderamente los médicos sabios y dignos de este nombre ven doquiera, en la ciencia de la naturaleza y del hombre, el sublime sello de la soberana inteligencia y la indestructible impresión del dedo de Dios (3).»

II.—**Pruebas sacadas de la Anatomía.**—«Un gran poeta, Shakespeare, ha dicho: «¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito por sus facultades! ¡Cuán admirable y expresivo por su forma y por sus movimientos! ¡Cuán semejante en su acción á los Angeles! ¡Cuán semejante á Dios en sus concepciones (4)!...» No deben sorprendernos estas admiraciones del poeta; porque Dios mismo nos ha enseñado, en el acto de crear al hombre, la estima en que debemos tenerle. Concentrando, en cierto modo, toda su vida y todas sus perfecciones, dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza:» *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* (5).

Fijándonos ahora sólo en la belleza de construcción ó anatómica de este compendio del universo que se llama cuerpo humano, consideremos los materiales y la estructura del edificio. En el centro, una armazón sólida que determina las proporciones y las formas; los huesos son más sólidos que las demás sustancias, y más opuestos á las alteraciones, puesto que deben sostener y proteger todo el edificio. Desde la base hasta el vértice no forman sino un todo, y sin embargo, son en número de doscientos seis. Hay allí columnas, bóvedas, arcos, receptáculos, palancas, articulaciones, muelas, incisivos, etc. Una ley de simetría preside á su colocación; sus curvaturas, sus prolongaciones, sus hundimientos, sus perforaciones están combinadas con maravilloso arte; sus articulaciones son fuertes, para darles unidad, y flexibles, para permitirles el movimiento en varias direcciones.

(1) Diogen., *Vit. Democrit.*, lib. IX, segm. 43.—Cicer., *De Nat. Deor.*, lib. I, c. xxiii, xlii. Véase *Menagium in Diogenem*, lib. VI, segm. 59. Padua, 1777.

(2) *In Joannem*, Tract. 106.

(3) Debreyne, *ob. cit.*, pág. 201.

(4) *Hamlet*, Act. II, esc. 2.

(5) *Genes.*, 1, 26.

Los músculos, resortes poderosos, los cubren y los envuelven; y sobre ellos se extiende como una coraza la piel, membrana á la vez suave y gruesa, dúctil y resistente, abierta é impenetrable.

Tal es la arquitectura exterior. En el interior las distribuciones están reguladas de tal suerte, que no se encuentra el menor espacio desocupado. Partiendo de centros simpáticos, los órganos se encuentran sin estorbarse, dispuesto cada uno á desempeñar su oficio y á prestar sus servicios. Los unos blandos y esponjosos, para realizar mejor las acciones químicas; los otros duros y elásticos, para ejecutar mejor las acciones mecánicas. En un pequeño receptáculo, y en la cavidad abierta del abdomen, se hallan con sus auxiliares los delicados órganos de la nutrición y de la reproducción. Bajo los arcos del pecho están suspendidos los órganos de la respiración y de la circulación. Bajo la bóveda cerrada del cráneo, espera el cerebro las impresiones del cuerpo y las órdenes del alma. Una triple cubierta protege los dos hemisferios de esta masa de color gris, compuesta de una infinidad de fibras entrelazadas sin confundirse, y de un firmamento compacto de moléculas delicadas, en donde se dejan sentir las impresiones divisibles de la materia y la acción del espíritu. Sólo el cerebro y el corazón están en relación con todo el organismo; el primero, mediante las fibras nerviosas; y el segundo, mediante sus arterias y venas. Todo está previsto en esta bella construcción del cuerpo humano, tanto en el aparato telegráfico, como en el aparato de la circulación. No hay una sola molécula que no tenga su hilo, ni una que no tenga su vaso. Todo está en su lugar, y todo es admirable, igualmente las partes que el conjunto, de tal manera que un gran anatomista, después de haber disecado la mano de un hombre, no pudo menos de cantar un himno al Criador. Todo está en su lugar, los huesos, los músculos, los nervios, las arterias, las venas, las vísceras, etc.; un mismo tejido une las partes entre sí, y un mismo elemento anatómico constituye la unidad de esta variedad (1).»

«Contemplan los ateos, si es que los hay, contemplan de buena fe en un anfiteatro de anatomía los magníficos fragmentos del hombre, y se verán precisados á reconocer una suprema inteligencia, una eterna sabiduría, y á cantar en fin, como dice un sabio gentil, un himno á Aquel que *Es*, y á exclamar con el santo Job: *Gloria soli Deo, qui facit magna et inscrutabilia* (2).»

(1) R. P. Monsabré, *Exposición del dogma católico*: tom. IV, Obra de Dios, conf. XVII, Belleza y grandeza del hombre, pág. 167 y sigs. Trad. esp. Madrid, 1879.

(2) Debreyne, *ob. cit.*, pág. 201.

III.—**Pruebas suministradas por la Fisiología.**— «Entre las ciencias que informan la Medicina, es la Fisiología indudablemente la que en mayor escala abunda en teorías y hechos admirables, bastantes á admitir, aun á pesar de la rebeldía del corazón de ciertos hombres, la intervención de una causa superior, de un *Summum agens*, dotado de infinita sabiduría y de completa omnipotencia, por el que son conocidas y perfectamente aplicadas las más precisas leyes de la mecánica, de la acústica, de la óptica, de la química, de todas las ciencias físicas y naturales, por decirlo de una vez.

Nada extraño tiene tamaña perfección, siendo el Autor del organismo humano Aquel que, según dice el sagrado Texto, todas las cosas dispuso en número, peso y medida.

Bastará reflexionar sobre las principales funciones, con cuyo meditado examen creemos que propios y extraños habrán de convenir con nosotros en las afirmaciones expresadas, á no estar sumidos en lamentable obcecación.

Expondremos, por ahora, el portentoso cuadro que ofrece á la vista del filósofo médico, y de todo hombre pensador, la nutrición.

Llega la sangre arterial conducida por el ingeniosísimo aparato hidráulico, que no otra cosa es el corazón y sistema aórtico; llega, decimos, hasta la red de capilares distribuidos en todo tejido, atravesando enseguida su parte más fluida, es decir, el *plasma*, las delgadísimas paredes de tan tenues vasos, depositándose en cada tejido con sumo acierto, las moléculas necesarias para reemplazar las antiguas que, por superfluas, sino por nocivas, son eliminadas; resultando de estos dos movimientos de la dinámica orgánico-animal los actos de asimilación y descomposición nutritiva.

Ahora bien; reparemos primero en que jamás, á no ser por existir alguna causa perturbadora ó anormal, hay equivocación en las moléculas depositadas en la materia de los órganos, yendo al nervio la que corresponde al músculo ó fibra carnosa, por ejemplo, sino que indefectiblemente cada tejido recibe un contingente de moléculas, perfectamente acomodadas á su sustancia, no sólo en calidad, sino en cantidad. Y no en un individuo solo acontece tal, ni en una familia, ni en una generación, ni en una sola raza: siempre en todos los hombres de cualquiera nación se verifica lo mismo, porque es fenómeno inherente á la organización del cuerpo humano y de condición esencial para la vida.

¿Podrá achacarse tan grande precisión á la casualidad? ¿Habremos de admitir que ese certero obrar es hijo de las fuerzas de la materia únicamente? Pero ¿qué son esas fuerzas tan sabias y tan ignoradas en su existencia? ¡Ah! No os devanéis el seso, insensatos materialistas, discurriendo acerca de la naturaleza de causas que no exis-

ten, deseadas, más bien que subsistentes, por los que á toda costa quisieran desterrar á Dios, anularlo si posible fuera, para no tener quien juzgue sus depravadas acciones.

Sigamos un poco más por este camino de investigación, y parémonos en la incomparable economía que preside á la función que nos ocupa. No toda la parte de sangre arterial salida al través de los capilares se emplea en la asimilación; queda un sobrante que, lejos de quedar desaprovechado y ser expelido al exterior, da material para formarse aquel humor, *linfa*, que arrastrado por el cauce de los tubos ramificados de su especial sistema, arribará á un vaso donde se mezclará con la sangre venosa, para luego volver á ser sangre provechosa para la nutrición, en virtud de la respiración pulmonar y actos complejos químico-vitales de la combustión fisiológica. ¿También esta previsión, esta prudente administración, digámoslo así, será hija del acaso ó de la ciega fuerza?

Además, es bien sabido que, al cabo de cierto tiempo, diverso según diferentes circunstancias de edad, sexo, profesión, alimentación, clima y otras, toda la sustancia de los órganos ha sido enteramente renovada, no quedando molécula alguna antigua; de suerte que nuestro cuerpo pasa, durante la vida, sobre todo si ésta es larga, por una serie de renovaciones materiales, que hacen sean siempre nuevos los órganos, para que á toda hora se ejerzan cumplidamente las funciones.

He aquí como este doble movimiento molecular, por una parte, prueba la existencia de un Supremo Hacedor, y por otra, afirma estar dotado el hombre de una sustancia espiritual, de un alma, siempre la misma, que sea por lo mismo responsable de sus actos, debiendo de ser también inmortal para contraer las responsabilidades de su libre albedrío.»

IV.—**Prosigue la misma materia.**—«Fijémonos ahora en la portentosa economía fabril ó industrial que se observa en las *secreciones*, funciones complejas que de modo alguno se conciben ni explican sin apelar á un Supremo Artífice. Acostumbramos com parar el organismo humano mirado en el concepto de los actos secretorios, á una ciudad manufacturera, donde todas las industrias marchan pujantes, elaborándose todos los productos y artefactos con perfección suma, ganando honra y provecho la ciudad y sus reputados fabricantes. No creemos mal traída á cuenta la metáfora, si bien se atiende al mecanismo de tales funciones. Porque así como en un centro de producción, en sus barrios interiores, como en los arrabales ó suburbios, pululan las fábricas y talleres que incesantemente arrojan al mercado mil va-

riadas producciones, que luego concurren, tales como son en sí, ó bien modificadas más ó menos, á los diferentes usos de la vida; así en el cuerpo humano existen fábricas y talleres orgánicos, que no otra cosa son las membranas exhalantes, folículos y glándulas, encargadas de separar de la sangre elementos convenientes ó materia primera, convertida con admirable acierto en un producto sólido, líquido ó gaseoso, concurrente en seguida al trabajo general de la vida, ó como sustancia precisa para la regeneración de los tejidos, ó como materia eliminada por superflua ó nociva. Ello es que la organización toda gana con esos trabajos de los cuerpos secretorios, y ellos en particular se desarrollan con su especial función.

Ahora bien; si fuera una demencia evidente sostener que las máquinas por sí solas, sin inteligencia humana que las arregle y haga funcionar, son las que producen esas magníficas telas, ese brillante cristal y porcelana, esos lujosísimos objetos, y todo ese sinnúmero de materias aplicables á las artes y á las ciencias, ¿por qué se ha de admitir en serio que las glándulas, así como los demás cuerpos secretorios, elaboran sus productos por sólo la acción de la fuerza inherente á la materia? ¿Cuándo tuvo la materia, inerte por su esencia, la actividad necesaria para imprimir con tal destreza esa dirección de trabajo que se observa en los órganos de secreción? Jamás. Todas las teorías materialistas tienen que ceder ante cualquiera de las sencillas reflexiones que venimos haciendo.»

V.—**Prosigue la misma materia.**—«Pues sube de punto la admiración por la claridad con que se revela la existencia de Dios, estudiando el organismo humano, si analizamos la disposición y usos del sistema nervioso, análisis que como por la mano lleva á la necesidad de una alma espiritual, ó sustancia que presida, que ejecute los elevados actos de la vida animal y racional en el hombre.

A la manera de extensa red telegráfica que pone en comunicación la residencia del gobierno con los centros subalternos de la administración pública en una nación cualquiera, en el hombre existe red ingeniosísima, formada por centros nerviosos y cordones, representando aquéllos estaciones, é hilos de comunicación éstos, transmitiéndose con toda rapidez el mandato de la voluntad desde el cerebro ó estación central á todas las partes del cuerpo, y llegando los avisos ó impresiones con la misma celeridad desde los sentidos ó estaciones subalternas hasta el encéfalo, donde tiene su asiento hábil telegrafista—cual es el alma—que descifra, sin vacilar, los partes que al cerebro arriban, y aún hace mucho más, pues los coordina y constituye con ellos los elementos de sus peculiares facultades, resultando de ta-

les actos orgánicos y anímicos el conocimiento de las cosas exteriores, y por tanto el comercio mutuo. No, empero, es sustancia cerebral la que entiende la impresión que ella recibe, como no es el aparato receptor el que conoce el telegrama, que él tan sólo escribe: es el alma la única capaz de leer y comprender la impresión, elevándola á sensación, lo mismo que hay necesidad de empleado facultativo en la estación que traduzca en palabras los signos marcados por el estilete del aparato, ó lea las letras que la aguja indica. Afirmando como hacen muchos que la pulpa nerviosa, gris ó blanca, del cerebro; que las células y tubos de tan interesante centro son capaces de sentir y pensar por sí solas, es lo mismo que asegurar que están de más el cuerpo de funcionarios de telégrafos, ó que un piano nos deleitará con dulces melodías sin que haya mano diestra en el divino arte de la música que hiera su teclado y haga vibrar las cuerdas. Mal que pese á aquellos á quienes fuera grato poderse entregar á los placeres brutales de la carne sin temor á Dios, seguros de que todo acaba para el hombre con la muerte, mal que les pese, la estructura solamente de este gran sistema nervioso en sus dos órdenes, cerebro-espinal y ganglionar, ó gran simpático, basta, si se estudia con verdadera filosofía, para asegurar que Dios existe, pues es de todo punto imposible que cosa tan perfecta y acabada sea debida al acaso ni á la acción de la fuerza desarrollada por la materia, falta por su naturaleza de acción espontánea. Y también revela el mismo sistema, por su contextura y distribución, que es un mero instrumento, una condición orgánica á propósito para servir á una actividad, á una esencia superior, sin la que fuera tan inactivo ó muerto como lo está el piano cuando no hay un músico que produzca el sonido musical, y como está callado el telégrafo en la ausencia del telegrafista que lo ponga en marcha.»

VI.—**Prosigue la misma materia.**—«Los misterios de orden, ingenio y sabiduría que se descubren en las funciones fisiológicas, no sólo arrebatan el espíritu á la contemplación y adoración de una Sabiduría infinita, sino que alguna de ellas, profundamente estudiada, viene á robustecer la creencia de que el hombre está dotado de una sustancia espiritual, de un alma que, para sufrir los efectos del libre albedrío, no debe transformarse ni perecer como el cuerpo.

En efecto, como al mismo tiempo que nuestros órganos se van apropiando materiales nuevos, desechan y expelen todos aquellos que los componían anteriormente, concíbese que debe llegar una época en que la renovación material de nuestro cuerpo sea completa, no restando nada de la materia que, en una época anterior, entraba en la composición de los órganos; y esto es lo que efectivamente sucede.

Seguro es que no llegamos al término de nuestra vida con la misma materia que poseemos en nuestra juventud; pues el hombre que muere á una edad regular, no sólo no lleva al sepulcro su primitivo cuerpo, sino que ha gastado en el curso de su vida un respetable número de ellos.

Ahora bien: si admitimos en el hombre inteligencia y libertad, y como consecuencia de esto, responsabilidad moral de sus actos, nos vemos precisados á admitir la existencia en él de una sustancia distinta del cuerpo, inmutable é imperecedera, porque de lo contrario tendría que sufrir los efectos del libre albedrío el último de nuestros cuerpos, purgando las faltas cometidas por los que le precedieron en el curso de nuestra vida.

¡Cuán admirables son las obras del Criador!

Piensen como quieran algunos fisiólogos y sabios del mundo. Nosotros, absortos y confundidos ante las maravillas del organismo humano, ante los profundos misterios de la vida, sólo sabemos exclamar: *¡Oh Ser omnipotente; cuanto menos te comprendo, más te adoro!* (1).»

«Efectivamente, si la inteligencia llega á profundizar en la Anatomía y Fisiología, es imposible perder de vista al principio primario y necesario de toda sabiduría: lo cual hacía decir á Bacon que un poco de filosofía podía conducir á alguno al ateísmo, pero que la mucha filosofía conducía á la Religión. *Certissimum est atque experientia comprobatum, leves haustus in philosophie novere fortasse ad atheismum, pleniores haustus ad religionem deducere* (2). (Scotti).»

VII.—**Argumentos que suministran las demás partes de la Medicina.**—No solamente lo que somos, decía Tertuliano, sino aun el medio en el cual vivimos, dan testimonio del Criador (3). Otro tanto puede decirse de las restantes partes de la Medicina. En efecto: la Patología y la Clínica enseñándonos respectivamente la teoría y la práctica de las enfermedades, la Higiene los medios de precavernos de ellas, y la Terapéutica los medios de curarlas; la Física y la Química tratando de los cambios accidentales de los cuerpos la primera, y de los cambios sustanciales de los mismos la segunda, así como de las causas y condiciones que los producen; y la Historia natural facilitándonos la descripción, clasificación y denominación de los seres na-

(1) *Sent. Cat. en las C. M.*, núms. 6, 9 y 19 del año 1880; (transcripción de unos artículos publicados en el *Ancora* de Palma, por Serafín Casas y Miguel Amer).

(2) *De Augment. Scient.*, lib. I, circ. init.

(3) Tertul., *contra Marcion.*, lib. I, c. x.

turales del globo terrestre; «demuestran á maravilla que *toda obra del Señor está llena de su magnificencia* (1), y prueban que Dios no ha abusado de su espiritualidad, pues que siendo naturalmente invisible, se hace reconocer en sus criaturas (2).» A más, vemos también que todo cambia sin cesar y revela su propia contingencia, y por tanto su dependencia de un ser necesario (3).

«Todo efecto subordinado á otro efecto nos obliga á remontarnos hasta una causa independiente (4).—El orden admirable que se observa en las sustancias de la naturaleza no puede ser determinado por ellas mismas, ciegas como son; luego debe atribuirse á una inteligencia soberana (5).—Finalmente, la ley supone un agente dotado de fuerza y buen sentido; de donde el poeta Racine cantó ya á este propósito:

*«Il n'est jamais de loi sans un législateur (6).»*

«Con tales lecciones, el médico (diré con Tertuliano) no puede menos que llegar á ser un excelente discípulo de la naturaleza (7); y singularmente porque el Arte de curar ha sido considerado siempre como el hijo predilecto de la razón, y cual espejo que mostrando la humana fragilidad, pone de relieve la inmediata dependencia del Criador (8). (Scotti).»

(1) Eccli., XLII, 16.

(2) S. Atanas., *contra idol.*, n. 35. Op., tom. I, pág. 27. Padua, 1777.

(3) Ved. Clarke, *De l'existence, et des attributs de Dieu*. Trad. del inglés, tom. I, c. III y IV, pág. 21 y sigs. Amsterdam, 1727.

(4) S. Tom. *Summ. Theol.* P. I, q. 2, art. 1.º y *contr. Gentes*, lib. III, c. LXXII y sigs.

(5) Paley, *Teología Nat.*, c. I, trad. del inglés. Roma, 1808.

(6) Luis Racine, *Poème de la Religion*, chant I.

(7) *De Resurrect. Carnis*, c. XII.

(8) V. P. I, c. I.

## CAPÍTULO II

\* La Psicología, asignatura fundamental de la Medicina, y la Física y Química, ciencias auxiliares de la misma, suministran poderosos argumentos contra las sectas materialistas.

Concepto del materialismo moderno acerca del alma humana.—El alma humana según la Filosofía.—Las leyes y propiedades de la materia son contrarias en absoluto á los atributos y operaciones del alma.—El alma racional es también sustancia perfectamente inmaterial y espiritual.—Libre albedrío.—Memoria.—Lenguaje.

I. — **Concepto del materialismo moderno acerca del alma humana.**— El alma, dice, no es sustancialmente distinta de la materia; es la materia misma organizada de cierto modo. El alma es un efecto y no una causa; es una fuerza resultante, no una fuerza motriz; es una función de la materia, y bajo este aspecto considerada es superior á ella, como la melodía es superior al instrumento, aunque bien entendido no existiría sin él. El alma, en fin, es la vibración del cuerpo, el *eco* de la materia.

Esta es su definición poética. He aquí ahora la definición anatómico-fisiológica. El alma es el conjunto de las funciones del sistema nervioso encéfalo-raquídeo; el grupo de funciones de la sensibilidad encefálica.

«El *sensorio común* es la concentración de sensibilidades parciales del organismo, sostenida por la fosforescencia de las células nerviosas.—La *percepción*, un estado del cerebro, resultante de las impresiones recibidas por los nervios periféricos.—El *pensamiento*, la actividad general de todas las partes del encéfalo; actividad inherente á la sustancia cerebral, como la contractibilidad á los músculos, y la elasticidad á los cartílagos.—*Reflexionar* es simplemente entregar al automatismo de las células cerebrales una determinación tomada.—La *memoria* representa una propiedad primordial de los elementos nerviosos.—*Sensibilidad moral* es la síntesis puramente fisiológica de todas las actividades nerviosas (1).»

La noción de la personalidad, la génesis de las ideas, los actos del juicio y la voluntad, en una palabra, todas las operaciones de la esfera psico-intelectual, encuentran su origen en la sensibilidad de los elementos nerviosos.

(1) V. Luys, *El cerebro y sus funciones*, pág. 86, 111 y 151.